



7

DISCURSO INAUGURAL

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1855 Á 1856



EN LA

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA,

LEIDO

por **D. Esteban Maria Ortiz Gallardo,**

*Doctor en Jurisprudencia, Licenciado en Filosofía, y Catedrático
de ascenso de Filosofía y su historia en la misma Universidad.*



SALAMANCA:

Imprenta de D. Telesforo Oliva.

Octubre.—1855.

¿Quid est enim ¡per Deos! optabilius sapientia? ¿quid praestantius? ¿quid homini melius? ¿quid homine dignius? Hanc igitur qui expetunt, philosophi nominantur; nec quidquam aliud est philosophia, si interpretari velis, quam studium sapientiae. Sapientia autem est (ut à veteribus philosophis definitum est) rerum divinarum et humanarum, causarumque, quibus hae res continentur, scientia «cuius studium qui vituperat, haud sane inteligo quidnam sit, quod laudandum putet.»

Cic. de Offic. lib. 2.º Cap. 2.º § 5.º

Ilustrísimo Señor :

HACE ya algunos años, que desde este mismo sitio, y con motivo de una solemnidad como la presente, tuve la honra de ensalzar la dignidad y escelencia de la Literatura, demostrando que sus tareas, hasta los entretenimientos de las musas, los cantos y fábulas de los poetas, habian proporcionado siempre á la humanidad ventajas tan sólidas, beneficios tan positivos, como los que pueden atribuirse con razon á las demas artes y ciencias. Llevóme á tratar este especial argumento,

no tanto la indole de la Cátedra que entonces desempeñaba, cuanto la injusticia con que, á mi parecer, era juzgado y aun calificado frecuentemente este género de estudios por hombres, si bien doctos en alguna facultad, distantes mucho de merecer el nombre de verdaderos sábios.

Notables han sido las alteraciones que posteriormente ha experimentado en España la instruccion pública, y deudores somos de grandes mejoras en este importante ramo de la administracion al celoso y previsor Gobierno de S. M., que ha cuidado de asegurar decorosamente la suerte de los profesores, que ha dado ampliacion á muchas de las antiguas enseñanzas, que ha planteado nuevamente otras desconocidas, ó poco cultivadas entre nosotros, y que ha enriquecido las bibliotecas y gabinetes, en donde la juventud estudiosa encuentra hoy medios materiales de aprender, sino al nivel de los que poseen las naciones que marchan á la cabeza de la civilizacion, los suficientes para no quedar ya rezagada de una manera vergonzosa.

En un siglo que, como el actual, se precia de ilustrado, en un siglo en que con una independencia casi absoluta se razona de todo, y todo se discute y controvierte, y á la tendencia demasiado general de los hombres en pos de los intereses materiales, no queda mas contrapeso, mas dique natural que oponer, que su propio desarrollo intelectual y moral; no era posible que fuesen postergados, ó mas bien que no fuesen atendidos preferentemente en la reforma de nuestros estudios, aquellos que deben constituir una facultad de Filosofia. Así ha sucedido, y así era preciso que sucediera.

Pero la Filosofia, Señores, por mas que como reina presida à todas las otras ciencias; por mas que como madre encierre en su seno los elementos de todas, aquellos principios que luego ha de fecundar cada una del modo especial que reclama su peculiar objeto; por mas que maestra de las artes, como la llama el Orador filósofo del Lacio, prescriba á todas el con-

junto de reglas á que han de atenerse para que sus obras lleguen á la perfeccion de que son capaces, no ha estado esenta en tiempo alguno de numerosos censores; ha sido combatida siempre con grandes esfuerzos, y aun no se halla hoy libre de encarnizados adversarios, que quisieran verla abolida, y relegando al olvido su nombre enteramente, aunque tan hermoso y modesto que por su etimología significa el amor de la ciencia, el amor de la verdad que viene á ser lo mismo, el amor de la sabiduría.

Ya Caton el mayor manifestó en lo antiguo ante el Senado Romano su opinion contraria á la Filosofia y los Filósofos; tuvieronla por inútil algunos Santos Padres en los primeros siglos del Cristianismo. El emperador Justiniano mandó cerrar sus escuelas. «Los Filósofos, dice Luis Vives, eran mal mirados »por la multitud en Atenas y en Roma» verdad es que añade «que ésto nacia de que causaba indignacion que unos hombres »á quienes el conocimiento de las cosas y de la sabiduría debiera haber hecho los mejores, fuesen mas malos que los mas »ignorantes.» De modo que éste Español doctísimo concede á la ciencia la virtud de suyo de producir el bien, y pone en otra parte la culpa de que no lo produzca, cuando no lo produce. El célebre Canciller Francisco Bacon se lamentaba en su tiempo, y aun hacia llegar sus quejas á los oidos de Jacobo I por la injusticia con que fallaban en esta clase de tareas y profesion algunos poco ilustrados y tímidos políticos, y algunos teólogos recelosos y suspicaces, considerándolas peligrosas á la tranquilidad de los Estados, y á los intereses de la Religion. Tambien Pascal, cuando ya estimaba en poco pasar por Filósofo, esclamaba en un momento de piadoso entusiasmo «¡Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob! no el »Dios de los filósofos y de los sábios;» y con el mismo espíritu de antítesis, que es el sello particular de sus escritos, afirmaba «que burlarse de la Filosofia era filosofar verdaderamente.»

Hasta J. Jacobo Rousseau preguntaba con aquella original elocuencia de imaginacion que le caracteriza, «¿Donde está el Filósofo que por su gloria no engañaría al género humano?» Rousseau tenia razon. Es demasiado cierto por desgracia que muchos mal llamados Filósofos han trabajado con ahinco en todos los siglos por engañar á los hombres, y que lo han conseguido alguna vez, aunque por fortuna haya sido por poco tiempo, y la verdad y el saber hayan recobrado con creces sus fueros venerandos. Aquellos sistemas filosóficos, si así pueden calificarse, que se inventaron para destruir la base de la Sociedad, el imperio de las verdades morales y religiosas, que con caractéres indelebles grabó Dios en el corazon de todos los hombres, no encontrarían hoy uno siquiera mediano que no se avergonzára de profesarlos, ni menos que se atreviera á hacer públicamente su apología. La verdad ha triunfado del error, y contrapuesto á los monumentos, que para arruinar la fé ha solido presentar la impostura, otros levantados por una razon sana y una crítica juiciosa en que el verdadero saber, la Filosofía y la Piedad unidas, cual deben estarlo siempre, han brillado con el mas grande esplendor.

Asi brillaron en Bossuet y en Fenelon; asi habian brillado antes en el inmortal Bacon, y brillaron en Descartes y en Leibnitz, estos tres genios de la Filosofía moderna, honor de Inglaterra, de Francia y de Alemania. En sus entendimientos «se compadecieron juntas la fé y la ciencia» como dice el mismo Bossuet; y de los tres puede afirmarse haciendo uso de la feliz espresion de Balmes respecto del último «que si se levantaran de sus sepulcros confundirian de una mirada á tantos escritores pequeños, que adulterando sus doctrinas, y citando tal vez sus nombres respetables para autorizarse, disuelven las ideas, y producen cada dia sistemas tan perjudiciales como monstruosos.»

Esta clase de lamentables estravios no pueden desconocerse, y preciso es confesar que los han padecido con demasiada fre-

cuencia muchos de los que hacen profesion de Filósofos. El orgullo y espíritu de secta, el ansia impaciente de singularizarse como fundador de alguna escuela, la vanidad de ser tenido por autor de alguna teoría sorprendente, y que se haga famosa, siquiera sea por su misma estravagancia, la vil adulacion en ocasiones á los Potentados, un resentimiento personal, un desaire tal vez imaginario han arrastrado á muchos, nos lo dice la Historia, á emplear su saber de una manera indigna, á abusar de la ciencia, á abusar de la Filosofía. Si ésto es lo que se denuncia y condena cuando se la combate, si contra estas humanas miserias se dirigen las censuras, no hay duda en que sus impugnadores tienen razon, en que sus quejas son justas, y en que aunque amargas y de mal género sus calificaciones á los Filósofos, con dificultad podrán ser rebatidas sólidamente.

Pero, Señores ¿de qué no abusa el hombre? Su inteligencia y su libertad son las dotes que mas le encumbran, y que mejor le diferencian del resto de las criaturas; son las cualidades nobilísimas que mas le acercan á su divino Autor, por las que viene á ser mas propiamente imágen y semejanza suya; ¿y quién dejará de confesar lo mucho que abusa á cada paso de tan sublimes dones? La administracion de justicia es en la Sociedad civil una especie de Sacerdocio; pero en nombre de alguna ley, en nombre de la justicia, aunque se las profane invocandolas, se cometen y han cometido siempre los que se llaman asesinatos jurídicos. Hasta de la Religion Sacrosanta han abusado los hombres muchas veces, ocultando bajo su manto venerable, augusto, la hipocresía y otros intereses bastardos.

Si pues la libertad, la justicia y la Religion no pueden dejar por eso de ser lo que son, ni de merecer todo el amor de nuestras almas, y hasta la especie de culto respectivo que les tributamos, tampoco la Filosofía, porque de ella pueda abusarse, dejará de ser, como es, digna y escelente y obje-

to el mas propio para ejercitar nuestro espíritu, habilitándole con sus métodos, y enriqueciéndole con sus fecundas doctrinas. Tal es el asunto que me propongo tratar en este breve discurso.

Bien conozco, Señores, que ésta materia, como toda otra científica ó literaria, seria aquí presentada y espuesta con mayor instruccion, con mejores razonamientos, con verdadera elocuencia, y de un modo en fin que éste distinguido concurso no quedára defraudado en las esperanzas que hubiera podido concebir acerca del Orador, si cualquiera otro de los individuos de nuestro Claustro hubiese sido el encargado de ésta tarea; pero el Señor Rector me dispensó la honra de designarme para este objeto; yo creí que no debía rehusarla, y confiado en la indulgencia de cuantos me están prestando su benigna atencion, procuraré llenarle hasta donde alcancen mis fuerzas.

La curiosidad, Ilmo. Sr., el deseo de saber, de explicar racionalmente los hechos, de comprender las leyes naturales á que la Providencia ha querido someterlos, y las mútuas relaciones que entre si tienen, es tan propia del hombre, que solo quien se haya observado muy poco á si mismo, y muy poco á los demas, será quien pueda desconocer una verdad tan notoria. Por eso hallamos elocuente y llena de naturalidad la sentida esclamacion de Virgilio: ¡Dichoso aquel que pudo conocer las causas de las cosas! Esta ansia de nuestras almas, ésta necesidad imperiosa, en especial de aquellas que son mas eminentes y privilegiadas, es la que procura satisfacer la Filosofía; y si es indudable que no podrá conseguirlo nunca

cumplidamente, que su tarea no tendrá fin por lo tanto en nuestro estado actual, y que otro lugar mas alto es el que Dios nos tiene reservado para tan gran ventura, no puede desconocerse que, cuanto cabe en los limitados medios de que dispone la inteligencia humana, el Catálogo de conocimientos que atesora, ha crecido y se aumenta de siglo en siglo, de generacion en generacion, de dia en dia de una manera prodigiosa.

En el órden material las ciencias Naturales, y Físico-matemáticas, cultivadas con afan y constancia por el método que la razon filosófica ha llegado á marcarles, han arrancado á fuerza de perseverantes observaciones y de ingeniosas tentativas sus secretos al mundo de los cuerpos; han producido con sus aplicaciones prácticas resultados que parecen fabulosos, los mas útiles á la navegacion, á la industria, al comercio, á las artes todas y oficios, al progreso de la civilizacion. El hombre ha sido colocado por ellas en el Reino, como si dijéramos, que le pertenece, para que de él se vaya enseñoreando mediante su sudor y lo disfrute; mas tambien para que asombrado se llene de humildad y de reconocimiento al contemplar cuanto ha puesto á su disposicion, aun en esta vida mortal, la bondad inmensa de su Criador. Asi la Filosofia, la sabiduría por escelencia, no deja nunca de escitar por su parte en los seres humanos motivos poderosos de piedad, ni de recordarles á cada paso su inmortal destino.

Una idea superficial, un conocimiento somero de la naturaleza física, habrán podido alguna vez al superficial tambien y poco reflexivo, detenerle torpemente en las causas segundas y subalternas; mas un conocimiento mayor, un conocimiento profundo, un conocimiento filosófico elevan por necesidad á todos de un modo irresistible á la contemplacion de la causa primera, enjendrando y radicando en sus almas los sentimientos de gratitud, de amor y de adoracion al Supremo Hacedor, al Dios Omnipotente, en quien y por quien vivimos,

nos movemos y somos. Así lo sintieron y proclamaron los insignes Filósofos Bacon y Newton; así el famoso naturalista Vi-rey; así desde la mas remota antigüedad, desde Tales, fundador de la escuela Jónica, ó antes si se quiere, se ha venido anunciando mas ó menos esplicitamente por cuantos sábios mas ilustres figuran en la historia de la Filosofía.

En cuanto al órden intelectual, tampoco puede poner nadie en duda el caudal inmenso de conocimientos que ha llegado á atesorarse. La Metafísica, ésa Filosofía «primera» como al inventarla puede decirse, la llama con razon Aristóteles, el genio mas grande de los Griegos; y la Lógica de la que fué sin disputa fundador este hombre extraordinario, que dominó por siglos en todas las escuelas del mundo civilizado, purificadas ambas de las sutilezas ridiculas y de la exageracion ergotista de la edad media, pero sin despojarlas de la riqueza que les prestaron los Teólogos-Filósofos de aquel tiempo y posteriores, y muy particularmente los Españoles, forman la ancha basa de todo el edificio científico, y la palanca intelectual, cuya potencia alcanza á remover los mas graves obstáculos con que tropieza la razon en su marcha, cuando se consagra á la tarea penosa y delicada de adquirir la verdad.

La Psicología con el auxilio de la conciencia y de la reflexión, y armada del método de observacion y experimento, tan aplicable al órden físico, como al conocimiento del Yo humano, ha llegado á determinar con precision nuestras facultades; ha enumerado con esactitud en grupos los fenómenos que las constituyen y que nos las revelan; los ha diferenciado unos de otros, distinguiendo hasta sus mas ligeros matices; ha marcado la parte que tiene el alma y la que puede corresponder al cuerpo en la produccion de cada uno; ha analizado el sentimiento de lo bello y de lo sublime; ha señalado los límites de nuestra actividad y de nuestra pasividad, la duracion del instinto y el asomo de la razon, la gradacion y categoria de las facultades mismas, y la mútua influencia que

entre sí egercén, y con la que, como si dijéramos, se penetran.

Después de esta ligera reseña, que otra cosa no cabe en un escrito de esta especie, no estará de más recordar un famoso axioma, que por sí solo dice más que todo «que el saber y el poder coinciden» vienen á parar á lo mismo, está el poder en razón directa del saber, porque la ignorancia de la causa destituye ó impide la producción, por parte de quien la ignora, del efecto, y al contrario el conocimiento de la causa habilita para producir. Si esto es verdad, como lo es indudablemente, resultará por legítima consecuencia que tanto poder como en el hombre se reconozca actualmente sobre la naturaleza física, otro tanto saber habrá que suponerle, siendo correlativos y paralelos estos progresos material, é intelectual, y quedando por lo tanto deudora la Sociedad á la ciencia de ambos tan distinguidos beneficios.

Por lo que hace al orden moral, si bien el estudio de la Filosofía no es el destinado principalmente, ni el que tiene la virtud más eficaz para moralizar á los hombres, preciso es convenir en que lo ha procurado en todos tiempos, y en que si algo de verdadera moralidad hubo en el mundo antes de la predicación del Evangelio, y aparte el pueblo escogido por Dios, á la Filosofía debe atribuirse exclusivamente. Aquellos dioses del Olimpo, aquellos dioses de carne y de sangre, vivos ejemplos de todas las pasiones y de todos los vicios, «aquellos dioses abominables, como dice J. J. Rousseau, á quienes hubiera habido que ajusticiar aquí abajo, como á insignes malhechores» ¿tienen algo de comun con el Dios de Platon, el Dios de Sócrates, el Dios de Aristóteles, el de Anaxágoras y hasta el de los Estoicos? El Dios de Anaxágoras, de Sócrates y de Platon no se llama Júpiter, ni Minerva; es un Dios desconocido del vulgo, pero no de los verdaderos Filósofos; es aquel Dios desconocido, de que habló á los Atenienses San Pablo con motivo del ara é inscripción que habia



visto al recorrer la ciudad; es el Dios verdadero, único, eterno, inmenso, omnipotente y santo, entre cuya substancia y atributos, y los que del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob nos enseñan las Sagradas letras, no hay la contradicción ó antítesis que Pascal se figura ver en un arrebató, como se ha dicho, de religioso entusiasmo.

Las ideas de tan grandes Filósofos acerca del bien y del mal, de la existencia de la otra vida, de los castigos y premios reservados en ella á las almas, segun que á los unos ó á los otros se hayan hecho acreedoras, no puede desconocerse que debieron contribuir mucho á la educacion del género humano, y al planteamiento de cuantas instituciones útiles y dignas de alabanza ofrece á nuestra meditacion la historia de aquellos tiempos. Sócrates hace en ellos una figura muy grande, proclamándose Ciudadano de todo el mundo en una pequeña república, que idólatra de sí misma no halla mas nombre que el de «bárbaros» para todos los demas hombres, y enseñando á este pueblo artista y material, prendado solo de la belleza exterior, que en lo mas profundo de nuestras almas hay otra belleza invisible y superior, que consiste en el desprecio de los deleites, en la sabiduría, en el amor ardiente de la verdad hasta ser martir en su obsequio, si fuere necesario.

Platon se distingue de un modo singular y sorprendente; se eleva á la contemplacion del Ser Supremo y encuentra en su esencia las ideas arquetipas, moldes eternos de todas las existencias. La razon divina es la fuente de toda verdad, y de toda belleza; la razon, la inteligencia humana es en cada hombre un destello, un reflejo de la inteligencia divina; las ideas que forman el fondo invariable, puede decirse, de nuestra inteligencia, son una especie de participacion, una irradiacion por lo menos de las ideas de Dios; el Verbo divino ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Despues éste Filósofo extraordinario, orgullo digno de la humanidad, proclama en un



estilo tan elevado y sublime, como es sublime y elevado su sistema, la unidad de razon en todos los seres humanos, la fraternidad, como si dijéramos, intelectual de todos los hombres. De aquí, como se vé, no hay mas que un paso á la fraternidad moral que luego proclamó el Evangelio, y á la fraternidad si puede decirse física, ó unidad de raza que estaba escrita en el Génesis.

Aun hay mas : Dios, fuente de la verdad y de la belleza, tiene que serlo no menos del amor y de la virtud, y los hombres deberán amar todo lo que Dios ame, y amarse entre sí por lo que hay en ellos de uno, y de semejante á Dios. En armonía con todas estas ideas, mas ó menos claramente concebidas, y espresadas por este Filósofo, encierra la Moral en este precepto «imitad á Dios» que en verdad se diferencia bien poco de éste otro, que nos es mas conocido «sed perfectos como vuestro padre que está en el Cielo.»

Considérese ahora, Señores, ¡cuán fecundo deberá ser este gran principio aplicado á la organizacion de la Sociedad, á la legislacion y gobierno de las naciones, al régimen de los pueblos, al órden de las familias, y hasta al tenor de vida de cada hombre en particular, y de todos entre si recíprocamente! Considérese ¡cuánta justicia, cuanta filantropía, cuanta suavidad de costumbres, cuantas virtudes sociales, cuanta civilizacion, en una palabra, para la felicidad del género humano habrá de derivarse rectamente en numerosas consecuencias de un principio tan luminoso! ¡Cuántos raudales de aguas saludables habrán de brotar y fluir de un manantial tan puro y abundante! Los que alumbrados por una luz especial, que no alumbró á Platon, se complacen en exagerar sus errores, y hasta en denigrar su persona, cometen sin duda tan grande torpeza, como insigne injusticia.

Las dos Academias nueva y novísima, en que vino á parar la antigua de Platon, la probabilidad, principio fundamental de estas escuelas, y hasta el principio de duda del Escepticismo

(sin la exageracion de este sistema á la negacion absoluta, que es tambien el absoluto absurdo) fueron indisputablemente de no escasa utilidad; hicieron á los hombres mas circunspectos y graves y mas amantes de la critica; y despojando poco á poco sus ánimos de las groseras creencias en que estaban imbuidos, los prepararon algun tanto en concepto de varios historiadores de la Filosofía para recibir otras doctrinas de un origen superior.

Zenón y los Estóicos, tenaces en sus ideas de razon, de orden y de derecho eternos, que reputaban como la ley impresa por Dios en los seres inteligentes, se esforzaron por hacer callar y someter todas las pasiones; y cuando la Grecia cautiva, cautivó por su mayor cultura al fiero vencedor, resultando una la literatura de ambos pueblos, y aun antes de esta época, los principios Estóicos influyeron grandemente en las costumbres y en la legislacion de los Romanos, de aquellos hombres de guerra, y de austeridad y de alta idea de sí mismos, con cuyo carácter grave y orgulloso se hallaba en consonancia, hasta en sus exageraciones, este sistema filosófico.

Roma cultivó cuantos habia cultivado Grecia, y Ciceron que los habia estudiado todos, llegó á hablar como Platónico, de cierto amor universal que llamó decididamente «Caridad.» Terencio habia dicho «soy hombre y nada humano considero ageno de mi.» No menos que los escritores dramáticos, los fabulistas habian consignado multitud de máximas morales sumamente aceptables.

Nos llenamos hoy de admiracion, sin que otra cosa pueda suceder al meditar los hechos, al leer las vidas de tantos varones ilustres como produjo la antigüedad. Su modestia, su continencia, su puro patriotismo, su veracidad, su desinterés, su abnegacion y tantas otras virtudes públicas y privadas nos apasionan y embelesan; los tenemos por héroes, y al considerarlos en este grado de perfeccion, nos vemos en la necesidad de atribuirlos al buen natural, de que sin duda quiso el

Cielo dotarlos, y á la doctrina con que de seguro fecundarian este natural, aumentando los quilates de su bondad. «Difícil es afirmar esto de todos, dice M. Julio á este propósito; pero cuando á un natural privilegiado se junta la enseñanza y la doctrina, resulta entonces un no sé qué singular, y mas ilustre que cuanto puede imaginarse. Tal sucedió en aquel hombre divino, Escipion Africano; tal en C. Lelio y L. Furio personas modestísimas y muy continentas; tal sucedió tambien en aquel varon esforzadísimo, y para los tiempos en que vivió muy docto, el viejo M. Caton.

P. C. Nepote, en cuyo elogio ha dicho un filósofo Católico «que seria de desear que las vidas de muchos de nuestros Santos estuviesen escritas con tanta veracidad y buen criterio, como lo están todas las de sus varones ilustres» al darnos á conocer las virtudes de T. P. Atico, filósofo y amigo de todos los filósofos y hombres notables de su tiempo; al referirnos el recto uso que hacia de su riqueza inmensa y su admirable conducta y su dignísimo comportamiento siempre, y con todos, y en especial con aquellos que le estaban unidos por vínculos de amistad ó parentesco, añade «y esto no lo hacia Atico por su natural solo, al que todos obedecemos, sino tambien por la doctrina, pues tenia aprendidas las sentencias de todos los principales Filósofos, y de ellas hacia uso para arreglar su vida, no para ostentar erudicion.» Tal es el juicio que tan clásicos escritores, por no citar otros, han dejado consignado acerca de lo mucho que la Filosofía contribuye á la perfeccion de los hombres.

Yo no desconozco que en todas las virtudes de los varones, aun los mas distinguidos de la antigüedad pagana, se advierte un dejo, se nota un matiz, hay una especie de olor á cosa terrena y mundanal, que nos impide darles el nombre de verdaderas virtudes. Nadie ignora que el mismo Ático terminó sus dias por un suicidio singular; ni que el gran M. Tulio, el Filósofo mas ilustre de Roma, careció de fortaleza de áni-

mo en la adversidad, y hasta se postró ante el Poder, adúlndole de una manera indigna y rebajándose en la opinion que habiamos formado de sus altos merecimientos. Pero esto quiere decir solamente que la Filosofía no basta para la virtud, y que la perfecta moralizacion del género humano habia de ser, como fué, debida á un hombre Dios, y á unos hombres divinos, porque Él los hiciese tales, infundiéndoles su espíritu, invistiéndolos de su poder, dándoles su gracia, y proveyéndolos de unos medios eficaces para trasmitirla con las verdaderas virtudes á todos los demas hombres.

Hé aquí la obra del Cristianismo, de esa institucion celestial, que ha derramado la luz mas esplendorosa sobre el vasto campo de toda la Filosofía; que ha resuelto sus mas grandes problemas de una manera satisfactoria para todos los entendimientos; que ha facilitado una regla segura de verdadero Eclecticismo para no poder estraviarse en los graves puntos que mas importan al humano linaje, dejando todavia amplisimo espacio, en donde puedan libremente estender las alas, en toda su magnitud, los mas poderosos genios. Así estendieron las suyas prodigiosamente, sin que ésta suave traba les sirviese de estorbo, sino de seguridad en su encumbrado vuelo, los Agustinos, los Anselmos, los Tomases de Aquino, los Bacon, los Descartes, los Malebranche, los Newton, los Leibnitz, los Bossuet, los Fenelon. Complazcamonos Señores en reconocer y proclamar ante una concurrencia tan escogida de ilustrados Católicos, que no hay Filósofo mas grande entre los Filósofos, que el Filósofo cristiano; ni Filósofo mas grande entre los Filósofos cristianos, que el Filósofo Católico.

Pero el Catolicismo nunca fué enemigo de la Filosofía, porque la verdad nunca puede ser enemiga de la verdad. Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, llenos de fé y de entusiasmo por la doctrina revelada, se esforzaron en acreditarla de verdadera y divina por cuantos medios estaban á su alcan-

ce; y cuando el conocimiento filosófico conducia á este objeto, lo empleaban con grande éxito confundiendo y derrotando á sus adversarios tal vez con sus propias armas: cierto es que algunos nimiamente escrupulosos no admitian mas doctrina filosófica que la contenida de alguna manera en la verdad revelada, y que otros, adelantando por el mismo camino, llegaron á decir que era inútil el estudio de los sistemas filosóficos, hallándose toda la verdad dentro de la Revelacion. Mas un San Justino Mártir, un San Clemente de Alejandría, un San Cirilo, un San Agustin, y otros de los mas notables, aceptaron de lleno, y consideraron de la mayor importancia para la Religion, la Filosofia; y la llamaron «Catecismo para la fé,» y en el orden de la Providencia «una preparacion necesaria para el Cristianismo» y no dudaron afirmar «que Platon, y sus discipulos habian conocido al verdadero Dios, autor del mundo, origen de la verdad y del bien, y establecido, como el Evangelio, su imitacion por parte del hombre como principio fundamental de toda moralidad.» Melchor Cano, muchos siglos despues, no reputa docto Teólogo al que no sea Filósofo otro tanto docto; y Scot Erigeno habia sentado como máxima, en que convinieron todas las escuelas de la edad media «No hay dos estudios, de Filosofia uno, y otro de Religion; la verdadera Filosofia es la verdadera Religion; y la verdadera Religion es la verdadera Filosofia.» Pensamiento profundo, y pensamiento verdadero si se atiende al objeto principal y fin último de ambos estudios y se prescinde del medio de conocer, que aunque no contrario, es completamente diferente.

Si pues la Filosofia, Señores, ha producido tantos bienes á la humanidad en los órdenes intelectual, moral y fisico; si aun los que parecen fruto inmediato de ciencias, que llevan otro nombre, á la Filosofia en su raiz hay que atribuirlos de derecho, por el carácter de generalidad que le pertenece, en atencion á los principios que á todas suministra, y al método

que marca á cada una , segun Bacon , Descartes , Laromiguere , Buchez , y cuantos hombres entendidos la han mirado bajo este punto de vista ; y si tan buena acogida ha merecido de la religion revelada , única verdadera , que la llama su auxiliar y su hermana por la boca de sus mayores Sábios y Santos ; fuerza será convenir en que deben de ser muy grandes su dignidad y escelencia.

Y lo son ciertamente bajo cualquier aspecto que se la considere. De haberla considerado bajo muchos , de su propia universalidad , y de otras causas menos directas , ha nacido sin duda la dificultad de definirla de una manera esacta y precisa , produciendo esto en el ánimo de algunos la idea equivocada de que no abraza un sistema bien determinado de conocimientos , y de que solo sirve para esplicar lo que hay de mas general en la esposicion de los principios de las demas ciencias. Pero debe notarse que cuantas definiciones , mas ó menos aceptables , vienen dándose de la Filosofia desde la antigüedad mas remota , nos anuncian siempre y revelan alguna cosa grande , un estudio elevado y digno de los mejores entendimientos ; y debe observarse no menos , que esta ciencia , como cualquiera otra , se encierra dentro de ciertos limites , y tiene su medio de conocer , y su objeto , y su fin propios , y nobilísimos.

El hombre se halla colocado como en el confin de dos mundos , material el uno , y el otro espiritual. « Nada hay sobre el hombre , dice San Agustin , mas que Dios : nada por bajo del hombre mas que la materia. » El Filósofo , pues , se esfuerza por penetrar el pensamiento de Dios en la creacion del Universo ; por concebir el orden y armonía que presiden á su marcha ; por descubrir las relaciones que median entre Dios y el espíritu humano de una parte , y entre éste y las cosas corpóreas de la otra ; por deducir rectamente de estas relaciones los principios , las leyes para el buen uso de todas las facultades humanas , las reglas infalibles de la humana conduc-

ta siempre, y respecto de todo. Que Platon y los Filósofos en general del Oriente, colocándose, como si dijéramos, en el seno de Dios, y haciendo de la Teodicea su principal estudio, aspiren á explicar el hombre y el mundo desde tan elevada altura; que Táles y en cierta manera Bacon, penetrando por la naturaleza material, y consagrando á la Física sus tareas, se afanen porque el mundo les suministre la explicacion de Dios y del hombre; que Sócrates y Descartes con mejor acuerdo, y aplicando especialmente su atencion á la Psicología, comiencen por su propio pensamiento, se fijen en la conciencia, en el sugeto invariable de nuestros conocimientos, que resiste invencible á toda negacion, y á donde convergen, y en donde se reflejan los rayos de verdad, si cabe así explicarse, de todas las realidades, y entre los primeros los de la realidad patente del mundo, y los de la realidad no menos patente de Dios; siempre será cierto que Dios, el Hombre, y el Mundo por el medio, con el fin, y del modo indicados, han sido, son, y serán el constante objeto de todas las meditaciones filosóficas.

Si el Filósofo ha de explicar racionalmente los hechos, la fé natural en algunos, como quiera que ésta fé haya venido á su espíritu, le es enteramente indispensable para principiar sus tareas. La existencia de Dios, la del hombre y la del mundo han sido consideradas siempre como los hechos, en que se tiene una fé natural y segura, hija de las propias percepciones, ó de la educacion, ó del lenguaje, ó del testimonio de los demas, ó de todo junto; pero como la idea del propio pensamiento, que en cierto modo se confunde con la de la propia existencia, no puede ser aniquilada por ningunos esfuerzos de la razon, y sobrevive en la mente aun del mas tenáz Esceptico; de aquí el que el Yo humano haya sido reputado el hecho primitivo mas á propósito para que de él parta toda investigacion científica: el hombre será, pues, lógicamente el primer objeto de la Filosofia.

Ciertos de nuestro pensamiento y existencia no es posible que prescindamos de preguntarnos por quién y para qué existimos; y ciertos de la existencia de otros seres que contrarian á veces nuestra voluntad, y confirmados por nuestras percepciones y raciocinios en la fé natural del Mundo aspectable; por quién y para qué existe el Mundo es la pregunta tambien que desde luego ocurre á la inteligencia; mas como ni nuestro origen, ni nuestro destino, ni el origen y destino del Mundo podemos esplicarlos satisfactoriamente sin ir á parar por una necesidad lógica á un Ser por si, causa primera inteligente, poder soberano sin trabas, eterno, infinito, creador y conservador de todos los seres, nuestro conocimiento y el del Mundo nos llevan al conocimiento de Dios, y la idea de un Ser tal, grandiosa y mas que grandiosa, completa el objeto, y alumbra con maravilloso resplandor la ancha esfera de toda la Filosofía.

Así la reflexion y la razon profundizando mas y mas en el conocimiento y relaciones de estas existencias culminantes, que se hallan en una especie de mútuo contacto, y cuya variedad infinita de fenómenos se presenta observable en la conciencia, han llegado á fijar las leyes del pensamiento, los caracteres y condiciones de la verdad y de la certidumbre; los caracteres y condiciones del bien de la moralidad y de lo justo; los caracteres y condiciones de lo bello, y hasta los caracteres y condiciones de lo útil. Y como las ciencias todas pueden reducirse sin violencia á Lógicas ó de la verdad, Morales ó del bien, Esteticas ó de la belleza y Económicas ó de lo útil, el saber universal, la Ciencia en toda su estension ha podido compararse con mucha propiedad á un árbol crecido y magestuoso, cuyas ramas son las varias ciencias con sus divisiones y nombres diferentes, y del cual es la Filosofía el tronco corpulento, que sostiene estas ramas, y les comunica la savia, los jugos con que se nutren y conservan para producir en abundancia los mas sazonados frutos.

Tal es la idea nobilísima que del medio, fin y objeto de la Filosofía, y de su influencia en toda clase de conocimientos se formaron, y nos han trasmitido con bastante unanimidad los sábios de primer orden antiguos y modernos. Platon llegó á llamarla don de los Cielos, y el Orador Filósofo de Roma la califica de invencion sobrehumana en una de las varias veces que nos la describe. Pero si todavía hubiere alguno tan temerario y caprichoso que se empeñase en vituperarla y deprimirla, habremos de decir con este Orador «Que no alcanza- mos, que no comprendemos, por cierto, qué cosa podrá haber en el mundo para un censor semejante, que sea digna de aprobacion y de alabanza.»

Jóvenes estudiosos, á quienes principalmente he dirigido mis palabras, me estenderia con gusto, si la ocasion lo permitiese, á otras muchas observaciones sobre un asunto de tanta trascendencia; pero las que he tenido la honra de esponeros, el cuadro á grandes rasgos, aunque desaliñados y toscos, que de la dignidad y escelencia de la Filosofía he procurado trazaros, me parece que bastarán para despertar en vuestros ánimos la curiosidad, escitando vuestra aficion á este género de tareas, á las cuales nunca os dedicareis en vano. La Filosofía aumentará el poder y alcance de vuestra razon, guiándola en la investigacion de la verdad por el camino mas llano y mas seguro: la Filosofía hará fecundos y luminosos en vosotros, para que juzgueis y obreis con acierto en Moral, en Política, en Administracion, en Literatura, en todo, y siempre, aquellos principios eternos, infalibles, patrimonio comun los mas de todos los entendimientos, pero estériles y obscurecidos en el mayor número por las nieblas de las preocupaciones vulgares: la Filosofía os confirmará en la piedad, en la fé religiosa que habeis recibido de vuestros padres, y que no debeis abandonar jamás por cuanto hay en el mundo. No olvideis que el célebre Canciller Bacon decia «que la Religion es el bálsamo de la Ciencia» ni que el gran Descartes al some-

ter todas las verdades al exámen de la razon , al llamarlas á todas á este juicio filosofico «ponia á parte , como él mismo »nos dice , las de la fé Católica que profesaba , y que fueron »siempre las primeras en su creencia.» Si con tales disposiciones os consagrais al estudio de la Filosofía , ella os hará sábios y virtuosos ; os dará la independenciamas grata , á que puede aspirar el hombre , la de saber pensar rectamente por sí mismo , aun en las materias mas delicadas y espinosas. Así evitareis los extravios lamentables en que otros incurrieron por abusar de la ciencia ; sereis la gloria de vuestros maestros ; el honor y la esperanza de vuestras familias , y buenos súbditos de nuestra amada REINA , que en union de las Córtes y del Gobierno procura incansable la prosperidad y general progreso de la Instruccion pública para el bien de todos los Españoles.

X641570103

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



640423270X



